

AÑO XXI.—NÚM. 6154

15 DE DICIEMBRE DE 1881.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Jueves 15 de Diciembre de 1881.

EL MARTIRIO DE BLANDINA.

Del precioso libro que con el título de «Marco Aurelio» acaba de publicar M. Renan, entresacamos el siguiente pasaje relativo al martirio de Blandina, entregada por los romanos al suplicio del anfiteatro:

«La virtuosa sirvienta lionesa había oído decir que Dios se complacía con frecuencia en elegir lo que hay en el mundo de más humilde, de más feo y de más despreciable, para confundir todo lo que es hermoso y fuerte.

Penetrada de su papel, anhelaba el tormento y ardía en deseos de sufrir.

Era de baja estatura y tan débil de cuerpo, que los fieles temían que no pudiese resistir al tormento.

Su ama, principalmente, que figuraba entre el número de los detenidos, creía que aquel ser tímido y débil no sería capaz de afirmar en alta voz su fé.

Blandina sorprendió á todos por su audacia y energía, y llegó á fatigar á las brigadas de verdugos que la martirizaron desde por la mañana hasta la noche, viéndose precisados á confesar que no había ya más suplicios á que apelar, y declarando que no comprendían cómo aquella mujer respiraba todavía con un cuerpo herido y dislocado.

Aquellos verdugos afirmaban además que uno sólo de los tormentos que la habían aplicado había debido bastar para ocasionarle la muerte.

La bienaventurada, como un generoso atleta, recobraba nuevas fuerzas en el acto de confesar á Cristo. Constituía para ella un fortificante y un anestésico el decir:

—¡Soy cristianal

Apenas había terminado esta frase, adquiría todo su vigor para arrostrar fresca y serena nuevos combates.

Tan heroica resistencia irritó á la autoridad romana. A todos los tormentos á que la habían sometido su cedió el de la prisión.

Los confesores fueron encerrados en oscuros é insoportables calabozos apelóse al suplicio del cepo y no se omitió ninguna de las crueldades de que los carceleros podían echar mano para atormentar á sus víctimas. Muchos infelices murieron asfixiados en su encierpo, y los que habían sido torturados resistían de un modo inconcebible. Eran tan espantosas sus llagas que no se comprendía cómo les era posible conservar la vida.

Ocupados en animar á los demás, se hallaban robustecidos por una

fuerza divina. Parecían experimentados atletas acostumbrados á todo. Por el contrario, los que habían sido detenidos posteriormente, y que no habían sufrido el tormento, morían casi todos al poco tiempo de haber sido encarcelados, y se les comparaba con los novicios mal aguerridos cuyos cuerpos no podían sufrir los rigores de la prisión.

El martirio se presentaba como una especie de gimnasio ó de escuela de gladiadores, para la cual se necesitaba una prolongada preparación y una especie de ingreso preliminar.

El primero de Agosto [177] por la mañana dió comizo en el anfiteatro el horrible espectáculo.

El pueblo tenía puesta la atención en el suplico de Attale que, después de Pothin, figuraba como el verdadero jefe del cristianismo lionés. Ignórase como el legado, que en otra ocasión le había libertado á causa de su caridad de ciudadano romano, había podido entregarle de nuevo al suplicio. Pero el hecho es cierto, y se cree probable que los títulos de Attale á la ciudadanía romana no fueron considerados como suficientes. Attale y Alejandro entraron antes que nadie en el circo, enardecidos y cuidadosamente dispuesto, y sufrieron como héroes todos los martirios á que les sujetaron.

Alejandro no profirió ni una palabra, ni lanzó un solo grito. Recogido en sí mismo tenía su alma puesta en Dios. Cuando hicieron sentar á Attale en la silla de hierro candente, y cuando su cuerpo, quemado por todos lados, exhaló un humo y un olor abominables, dijo al pueblo, en latín:

Vosotros sois los verdaderos devoradores de hombres; nosotros, en cambio, no hacemos daño á nadie.

Entonces le preguntaron.

—¿Cómo se llama Dios?

—Dios,—contestó,—no tiene nombre como los hombres.

Los dos mártires recibieron el golpe de gracia, después de haberse agotado todo cuanto la crueldad romana había podido inventar de más atroz.

Las fiestas duraron muchos días, y los combates de los gladiadores fueron substituidos diariamente por suplicios de cristianos.

Créese que las víctimas eran introducidas de dos en dos, y que cada día perecieron una ó varias parejas de mártires.

Tanto los jóvenes como los que pasaban por débiles eran colocados en la arena, á fin de que la vista del suplicio de sus amigos los llenara de horror.

Blandina y un mancebo de quince años llamado Pontiens fueron reservados para el último día, con objeto de que presenciaran el tormento de los demás; pero nada logró quebrantar su ánimo.

A cada instante se les obligaba á practicar un supremo esfuerzo, tratando de hacerles jurar por los dioses; ellos, sin embargo, se negaban desdenosamente á semejante proposición.

El pueblo, en extremo irritado, no quiso prestar oídos á ningún sentimiento de piedad ni de pudor. Hicieron recorrer á la pobre doncella y á su amigo todo el repugnante cielo de los juegos del circo, y después de cada prueba les proponían que jurasen. Blandina estuvo sublime. No había sido madre, y aquel joven atormentado junto á ella fué su hijo, concebido en el suplicio. Fijos sus ojos en él, le seguía en todas sus etapas de dolor para animarle y exhortarle á perseverar hasta el fin. Los espectadores presenciaban aquel prodigio y no podían disimular su asombro. Pontiens expiró después de haber sufrido por completo la serie de tormentos que estaba preparada para el caso.

De toda la santa legión no quedaba más que Blandina, la cual triunfaba y resplandecía de gozo, considerándose como una madre que ha visto proclamar vencedores á todos sus hijos, y los presenta al gran Bel para ser coronados.

Aquella mujer humilde se había presentado como la inspiradora del heroísmo de sus compañeros y su ardiente palabra había sido el estimulante que sostiene los nervios débiles y los corazones vacilantes. Por lo tanto, se lanzó en la áspera carrera de los tormentos que habían recorrido sus hermanos, como si se hubiese tratado de un festin nupcial. La gloriosa é inmediata terminación de todas aquellas pruebas la hacia estremecer de gozo. Por su propio pie fué á colocarse en el sitio debido para no perder ninguna de las señales que cada suplicio había de marcar sobre sus carnes. Ante todo, rasgó su espalda una flagelación cruel; luego fué entregada á las fieras, que se contentaron con morderla y arrastrarla por la arena, y tampoco se la libró del terrible suplicio de la silla.

Finalmente, fué cubierta con una red y expuesta el furor de un toro bravo. Este animal la cogió con sus cuernos, la lanzó varias veces al aire y la dejó caer pesadamente. Pero Blandina no sentía nada, pues gozaba de la suprema dicha, y sólo tenía puesto el pensamiento en Cristo. Fué preciso acabar con ella como con los demás condenados, y la muchedumbre concluyó por ser presa de la más profunda admiración. Al abandonar el circo no hablaban más que de la pobre esclava.

—¡En verdad, decían los galos, nunca se había visto en nuestro país sufrir tanto á una mujer!

(De la Gaceta Universal.)

UN MISTERIO

DE LOS MONTES DE SAN JACINTO.

—9—

Están situados los montes de San Jacinto en la porción noroeste del condado de San Diego y forman los límites meridionales del puerto interior de San Gregorio, en California. Esta región es salvaje y frágil, y muy difícil de explotar. Pues en una parte de las tales montañas, existe una curiosidad natural, mejor dicho, sobre natural, cuya causa hasta ahora no ha podido explicarse, aunque para resolver el misterio se han hecho numerosos ensayos.

Es decir, que á intervalos irregulares resuena á través de esa vasta región montañesa, un estampido tremendo, que puede compararse solamente con el que produciría la descarga de una pieza de artillería del más grueso calibre conocido; aumentando diez veces más. Dícese que es tal la concusión que despierta á la persona más profundamente dormida pues sacude y hace vibrar las puertas y ventanas de las casas, como pudiera hacerlo un terremoto ordinario. A veces se pasan días de un estampido á otro; en otras ocasiones se oyen de tres, y aun cuatro, en una sola noche, que es la época favorita de su ocurrencia.

Esta irregularidad ha contribuido á la frustración de todos los esfuerzos hechos para averiguar la exacta localidad del fenómeno.

Los indios de esa región llaman tabquis, ó el diablo, á semejante fenómeno.

Corren entre ellos muchas tradiciones respecto á él, y manifiestan la mayor repugnancia á hacer la menor pesquisa para saber el sitio exacto ó la causa que lo produce.

Un indio, cuya edad se supone pasaba de cien años, afirma que mientras cazaba, allá en los días de su juventud, descubrió por casualidad el sitio.

Descríbele simplemente como un túnel oscuro que atraviesa la montaña y que á la entrada presenta señales de haber estado expuesto á un calor intenso. Muchos esfuerzos se han hecho y grandes recompensas se han prometido á este indio, para inducirle á servir de guía y conducir á ese lugar á un hombre blanco, pero no ha habido forma de que se preste.

La tradición ó creencia más corriente entre los aborígenas, es que el viejo tabquis sale de cuando en cuando de su nada agradable morada con el objeto de respirar el aire libre, y que alarmado por algo se retira precipitadamente, cerrando tras sí la puerta con tal violencia, que produce el misterioso estampido antes mencionado. Por temor, pues de ofender á su majestad infernal, si se le descubre mientras duerme una de